



Comentario bibliográfico

Martín Baña, *Quien no extraña el comunismo no tiene corazón. De la disolución de la Unión Soviética a la Rusia de Putin* (Buenos Aires: Crítica, 2021).

Eduardo Nazareno Sánchez

Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Buenos Aires

eduardo.n.sanchez.1988@gmail.com

Fecha de recepción: 04/10/2022

Fecha de aprobación: 07/11/2022

Sin lugar a dudas, el reciente conflicto entre Rusia y el gobierno de Volodímir Zelenski en Ucrania han reavivado viejas, y no tanto, discusiones sobre la historia y el papel ruso en el escenario de hoy en día, sobre todo en relación a su irresuelta herencia soviética. En este sentido, *Quien no extraña el comunismo no tiene corazón* de Martín Baña nos ayuda a desenredar el nudo gordiano de la actualidad rusa a la luz de los cambios generados después de la desintegración de la URSS hace poco más de tres décadas.

En el primer capítulo, “En los intersticios del socialismo tardío”, el autor empieza por determinar y explicar algunas características de cómo operaba el sistema soviético ya en su debacle. En esta dirección, las estructuras burocráticas (como el Politburó) y el fuerte personalismo de la *nomenklatura*, marcaron el funcionamiento del orden soviético; sobre todo estableciendo una rigidez en los cargos de poder que iba a ser muy difícil de alterar. Por supuesto

que esta cuestión no era exclusiva del mundo político ya que también se traducía en algo similar en cuanto a los aspectos económicos. Con el nombre de “Sistema de planificación centralizada” (basado en la concentración y jerarquización por medio del *Gosplan*) se conoció la organización económica soviética que estuvo sujeta a crisis relativamente periódicas desde el mismo nacimiento de la URSS; y, a pesar de la condición anterior, fue este sistema el que permitió que Rusia pudiera industrializarse, levantar ciudades desde cero, derrotar al nazismo, entre otros logros.

Más allá de los objetivos económicos alcanzados, dicho sistema tenía una serie de complicaciones: primero, el derroche y la ineficiencia derivadas de la imposición de cumplir con las metas de producción a toda costa; segundo, la deficiencia en la circulación de la información; tercero, los problemas de abastecimiento, los cuales terminaron por dar lugar a un mercado negro. En última instancia, el sistema soviético fue muy exitoso para lograr metas a corto plazo, pero deficiente en garantizar un crecimiento sostenido a lo largo del tiempo. Esta situación es claramente visible hacia los años setenta cuando, como resultado de la crisis del petróleo, la economía rusa se reorientó hacia la exportación de recursos primarios, sobre todo energía, como el petróleo, fuertemente demandado. Esta cuestión evidencia tres aspectos para considerar a futuro: primero, que nunca se habían cortado las relaciones con el mundo capitalista; segundo, empezaba tomar forma el lugar de la futura Rusia como exportadora de energía; tercero, las tensiones económicas estaban lejos de resolverse y sólo fueron en aumento.

El segundo apartado, “Contra la gerontocracia”, se concentra en el rol que desempeñó el bloque dirigente, el cual rondaba los 70 años en un país cuya expectativa de vida era de 77. De esta manera, llegar a ocupar un cargo de poder en la Unión Soviética dependía, casi exclusivamente, de ascender dentro de la *nomenklatura* y, con ésta, sostener el *statu quo*, con sus respectivas instituciones y vericuetos, por ejemplo, el rol de la KGB. En consecuencia, más allá de la igualdad con la que contaba la población, pertenecer a los cargos más altos del gobierno traía ciertos beneficios a los cuales no podían acceder todos los habitantes. Lo cual demuestra que la sociedad soviética se encontraba dividida y relativamente estancada; sin embargo, todavía existían vías de ascenso social, como las carreras científicas o la misma burocracia. Por ejemplo, uno de los casos que podemos identificar como muestra de las posibilidades de mejora en la condición social es el del mismo

Gorbachov, con quien empezaron una serie de modificaciones que, con el fin de revitalizar a la Unión Soviética, terminaron por disolverla. A esta cuestión está dedicado el capítulo siguiente.

“El principio del fin”, así se titula el apartado que inicia con un acontecimiento digno del denominado cine catástrofe: el colapso del reactor número 4 de la central atómica de Chernóbyl. Más allá de las causas técnicas del mismo, éste nos sirve de ejemplo para pensar cuáles eran las características de la URSS al momento de su disolución: la escasez de insumos; el rol de la burocracia, tanto en el accidente en sí como en la respuesta al mismo; el daño ecológico; entre otras cuestiones. Las consecuencias de lo que había sucedido en Ucrania dejaban en claro que más que nunca era necesaria una batería de reformas para poner en funcionamiento un sistema completamente oxidado, pero no por eso acabado; esta fue la tarea de la *perestroika* de Gorbachov, nada más ni nada menos que la de revivir los anhelos comunistas.

En relación con la economía, la propuesta del mandatario ruso para el sector industrial, primero, tenía la intención de combatir la ineficiencia de la centralización, por medio de la descentralización y la coordinación más efectiva de las fábricas y las granjas colectivas; segundo, corregir la falta de estímulos y el bajo desempeño laboral, para lo cual, por ejemplo, se prohibió el consumo de alcohol. Por otra parte, en cuanto a la agricultura, su estructura no se había modificado en casi medio siglo, cuya característica más relevante era el accionar del mercado negro; por lo tanto, el objetivo de las reformas que se implementaron en este sector fueron la inserción de elementos de mercado para mejorar el aprovisionamiento y reducir que la mayor parte del abastecimiento se llevara adelante por medio de la producción en granjas privadas.

Desde ya que la aplicación de dichas reformas estuvo lejos de ser un proceso armónico porque generó fuertes resistencias, sobre todo de la burocracia que de una manera u otra se beneficiaba con el sistema imperante, como también nuevas dudas sobre si eran posibles las modificaciones propuestas por Gorbachov debido a que en el fondo la cuestión era si resultaban compatibles la planificación con una economía de mercado y, en esta dirección, qué iba a pasar con el socialismo en última instancia; más todavía en un contexto negativo ya que el sector agrario seguía siendo ineficiente, las industrias no eran capaces de resolver el abastecimiento, las repercusiones de la guerra en Afganistán, entre otras cuestiones. En consecuencia, los cambios se aceleraron,

pero no sirvieron para rescatar al socialismo, sino que terminaron por abrir nuevos horizontes hacia dónde dirigir la economía soviética, como el libre mercado.

Más allá de los obstáculos económicos, las medidas propuestas tenían un condicionamiento más complejo ligado a los aspectos culturales. En el siguiente apartado, “Glasnost”, Baña se centra en los objetivos de la reforma política que intentó implementar Gorbachov. Uno de sus puntos más importantes residía en sacar a la población de la apatía política y, de esa manera, lograr apoyo a los cambios que estaban en marcha. En este sentido, uno de los grupos que se vio más favorecido, para llamarlo de alguna manera, fue el de los intelectuales ya que revitalizaron su papel en la sociedad.

Las transformaciones culturales implicaron ciertas modificaciones, como la difusión de revistas; pero, lo más significativo, fue que la llegada de la *Glasnost* significó la apertura a una cultura y actividades que ya estaban en marcha, que ya existían, sólo que a partir de ahora se hicieron públicas. Por ejemplo, ciertas figuras intelectuales y discusiones que habían tenido una relación irresuelta con el régimen soviético empezaron a circular, entre ellos Nikolay Bujarin, la revalorización de la NEP, e incluso el mismo Trotsky. En cierta forma, este proceso fue posible en tanto que la *Glasnost* permitió revisar, hasta cierto punto, la narrativa oficial y presentar otras interpretaciones. Fue en estos años donde aparecieron algunas manifestaciones para remover el cuerpo de Lenin de su mausoleo en la Plaza Roja, como también la revisión del traumático pasado estalinista.

Las reformas que se implementaron para *aggiornar* la sociedad en términos políticos generaron importantes reacciones por parte de determinados sectores. Por un lado, de aquellos que defendían el modelo soviético y acusaban a las medidas de Gorbachov de querer destruirlo al fomentar el individualismo y los placeres democráticos del capitalismo moderno. Por el otro lado, algunas posturas incluso más extremas que enaltecían el período estalinista.

Sin lugar a dudas que el sector más beneficiado con la *Glasnost* fue el de las artes. En primer lugar, en el caso de las letras, que siempre habían tenido un lugar destacado en la cultura rusa, se produjo el desempolvamiento de viejas obras que habían estado censuradas durante décadas, por ejemplo, el trabajo de Vasily Grossman, *Vida y destino*, de 1959. En segundo lugar, algo similar suce-

dió en el mundo del cine, siendo una de las películas más importantes la obra del director georgiano Tengiz Abuladze: *Arrepentimiento*. En tercer lugar, uno de los focos más relevantes fue el mundo del rock con la penetración de la producción generada en Occidente y la circulación de cassettes grabados caseramente, conocidos como *magditizdat*. La cuestión más relevante no tenía que ver con el contenido de las letras en sí que, por ejemplo, podían ir en contra del comunismo, sino con la corrupción moral que podía provocarle a los jóvenes; no fue casualidad, entonces, la propagación de los *conciertos de departamento* para esquivar la censura oficial.

Más allá del resultado de las reformas, había algo que resultaba evidente: la única manera de cambiar el oxidado sistema era alterando el poder que ostentaba la élite. Dicha problemática es la que examina el autor en el capítulo 5, “Good Bye Lenin”. La intención de Gorbachov era demostrar que el socialismo era posible, para lo cual había indefectiblemente que alterar el sistema. Sin embargo, como ya mencionamos, rápidamente surgieron resistencias a dichos cambios; pero, al mismo tiempo, algunos sectores empezaron a sacar ventaja de la situación para beneficio propio. Fue así que los viejos comunistas se convirtieron en los nuevos capitalistas. Antes que nada, ser parte del partido implicaba tener una serie de beneficios a los que no podía acceder la mayoría de la población; empero, en la nueva coyuntura, la transición a una economía de mercado presentaba la posibilidad de asegurar que esos beneficios, valga la redundancia, se convirtieran en una condición permanente. Por lo tanto, los años 1988-1991 constituyeron el período en el cual los funcionarios públicos utilizaron las ventajas (el acceso a la información era una de las significativas) con las que contaban para consolidar su posición de poder llevando a cabo negocios privados en diferentes áreas como bancos, exportaciones, venta de armas, entre otros negocios, por así denominarlos, que ya existían de manera no oficial, pero que encontraron posibilidades para su desenvolvimiento pleno.

Sin lugar a dudas que las transformaciones mencionadas repercutieron en todo el entramado soviético, particularmente en la relación entre Rusia y el resto de los países socialistas que integraban la unión. El estancamiento económico, la proliferación de armas nucleares de largo alcance, la consolidación del Mercado Común Europeo, entre otros factores, daban cuenta de que el antiguo orden ya no se adecuaba a las nuevas necesidades. En esta dirección, uno de los acontecimientos más relevantes fueron las elecciones en Polonia, en 1989, ya que arrojaron un

resultado en contra de Moscú; pero, a diferencia de otras coyunturas, el gobierno central no fue en contra de los mismos, sino que intentó mantener a los reformistas dentro de su órbita. A lo sucedido en Polonia, rápidamente se sumaron otros sucesos como los comicios en Hungría y la caída del muro en Alemania, lo cual demostró que las reformas en la URSS coincidían con un contexto de relajamiento en las relaciones de la Guerra Fría.

El debilitamiento de los vínculos entre las repúblicas que conformaban la unidad soviética dio lugar al nacimiento de una serie de movimientos nacionalistas en diferentes países. Finalmente, hacia 1990, la mayoría de los mismos habían optado por la soberanía nacional en lugar de la pertenencia a la unión. Al igual que con los negocios, las revoluciones nacionalistas fueron encabezadas por antiguos comunistas. Sin embargo, Gorbachov se mantenía estoico en su idea de reformar la URSS para que siguiera existiendo, incluso con el resultado de las modificaciones en marcha; empero, su talón de Aquiles fue la democratización política que, con el objetivo de limitar la interferencia del partido en las funciones del Estado, terminó abriendo las posibilidades de participación a sectores que veían a Gorbachov más como un obstáculo que como parte de la solución, más en un contexto donde se encontraba fuertemente debilitado (recordemos que en agosto de 1991 hubo un intento de golpe de Estado por parte de miembros de su mismo gobierno).

En este nuevo escenario, una de las figuras parlamentarias más relevantes fue Boris Yeltsin, tanto por su discurso pro mercado como por su oposición al máximo líder de la URSS. Fue así que con una serie de premisas vagas que reunían elementos capitalistas, nacionalistas, democráticos, entre otros, y el apoyo de la alianza electoral *Rusia Democrática*, Yeltsin logró los apoyos necesarios para convertirse en presidente de Rusia. Finalmente, el 25 de diciembre de 1991 la Unión Soviética desapareció para siempre, dando lugar a la reintegración traumática de la antigua URSS al capitalismo.

En “Vendiendo la Unión Soviética por un rublo”, el autor se adentra en el proceso de transición económica a inicios de la década de 1990. El camino que siguió Rusia para su conversión al capitalismo fue la terapia de shock, la cual se basa en la premisa de aprovechar el estado de convulsión generado para aplicar reformas que pasen a ser la nueva normalidad, más todavía con una sociedad aturdida por la crisis y embelesada por las promesas del capitalismo. En términos concretos, las medidas implementadas fueron reformas de carácter monetarista como la

liberación de precios, privatizaciones, restricciones monetarias, etc. Lo que se ocultó detrás de éstas fue la rapiña y el saqueo que realmente significó la inserción rusa al capitalismo, por ejemplo, la privatización de empresas por debajo de su valor y con el uso de dinero público.

¿Cómo se tradujeron estos cambios en la población? Los salarios reales cayeron a la mitad; se desplomó la actividad industrial; los jubilados también vieron afectados sus ingresos; aparecieron situaciones de marginalidad en la vía pública que nunca antes se habían visto; se duplicó, hacia 1994, la tasa de suicidios en comparación a la década anterior; en fin, de la noche a la mañana, el 40% de la población rusa —setenta millones de personas— pasaron a ser pobres: se había extirpado el igualitarismo que caracterizó a la sociedad soviética. Por supuesto que en contrapartida a la pauperización de una gran parte de la población, la incipiente elite exhibía su opulencia; eran los oligarcas que se habían beneficiado con la transición al mercado del gobierno ruso. Mientras se producían estas modificaciones económicas, hacia 1993, Yeltsin reformó la constitución acrecentando el poder presidencial ya que, por ejemplo, ahora podía gobernar por decreto.

Llegamos así al anteúltimo capítulo, “Un espía en el corazón de Moscú”, dedicado a, nada más ni nada menos, Vladimir Putin. En primer lugar, la historia personal del actual presidente ruso está dentro de los márgenes soviéticos: por ejemplo, vivió en una *kommunalka* durante su niñez, se afilió al Partido Comunista en vistas de mejorar su condición social, integró la KGB, entre otras características. Tras la desintegración de la URSS tuvo que dejar sus funciones en Alemania Oriental y pasó a desempeñarse en diferentes organismos rusos hasta llegar a la jefatura del FSB, organismo sucesor de la KGB, en 1998, donde aprovechó para aceitar el sistema de *kompromat*, el cual consiste en el manejo de información privada para extorsionar a políticos, empresarios, etc.

Finalmente, ya en los 2000, se convirtió en presidente y no abandonaría, hasta hoy en día incluso, el poder en Rusia. Uno de los principales argumentos de su gestión es la preservación de la estabilidad por encima de todo, lo cual depende de una tecnocracia para la cual la volatilidad democrática puede ser un problema. En este sentido, el objetivo del gobierno es la defensa, interna y externa, de Rusia por medio de un Estado fuerte que, además, mantuvo y profundizó las medidas económicas de Yeltsin. Así, por ejemplo, el presidente ruso domesticó a los oligarcas; eliminó, por el año 2004, la elección directa a gobernadores; entre otras prácticas que dieron lugar a una democracia dirigida, donde el hiperpresidencialismo se combina con las redes informales de poder.

Ahora bien, todo este proceso se produjo, primero, en paralelo a un gran crecimiento económico, vinculado principalmente al *boom* de los recursos energéticos, como el petróleo y el gas, que, además, se trasladó a otros rubros, salvo la agricultura. Desde ya que fue un crecimiento económico, valga la redundancia, para nada equitativo porque se concentró en sectores muy delimitados. Segundo, otra cuestión relevante fue, y sigue siendo, la pretensión imperial de Rusia y su rechazo a la presencia de la OTAN en su zona de influencia.

Finalmente, llegamos al último capítulo, “Quien quiere volver a la Unión Soviética no tiene cerebro”. La vuelta al gobierno de Putin, tras asumir su segunda presidencia, significó un giro más autoritario que el período de su primer mandato, enfatizando incluso sus elementos más reaccionarios como el rechazo a las diversidades sexuales, de ahí se entiende la aversión al feminismo. En este sentido, una de las operaciones llevadas adelante por el mandatario ruso para fortalecer su figura y el régimen que encabeza es recuperar, paradójicamente, el pasado soviético en pos de la nueva Rusia capitalista; entre estos componentes se destacan la industrialización, la derrota del nazismo, la grandeza nacional, entre otros.

Actualmente existe un consenso intelectual y político sobre el triunfo del capitalismo a nivel mundial y, más urgente tal vez, la necesidad de generar propuestas diferentes al sistema vigente. En el recorrido que propone Martín Baña podemos ver la conversión de la principal alternativa al capitalismo en una de las economías más capitalistas en el pleno sentido del concepto. Pero esta transformación no debe ocultar que, más allá de la burocracia y otros defectos, la Unión Soviética tuvo logros significativos tanto internamente, como a nivel exterior: por ejemplo, sería imposible pensar las mejoras que obtuvo la clase obrera de los países centrales, y periféricos también, sin el lugar de la URSS en el escenario internacional. En fin, parafraseando el libro, quien no extraña al comunismo no tiene corazón y las razones para hacerlo están más que claras y son variadas porque sin la existencia de la Unión Soviética resulta difícil concebir que los “logros” del capitalismo se hayan extendido a los sectores mayoritarios. Hoy en día, la ausencia de una propuesta diferente a la economía de libre mercado es una condición necesaria para la existencia de un sistema tan cruel y desigual como el imperante, características que, *a priori*, parecen ir en aumento.